Acoge y saluda con voz imponente
La pálida sombra del libertador!
Ni la aurora ahuyentó la tiniebla,
Triste velo de luto y de muerte
Va cubriendo á la América inerte
Sepultada en amargo dolor. . . .

Solo el pálido genio de Anáhuac
Vaga errante en las cimas de nieve,
Y á mirar hácia el cielo se atreve
Implorando piedad y perdon. . . .
Mas en vano: que el cielo indignado
En tinieblas veló la esperanza. . . .
La discordia rugiendo se lanza
A cumplir la fatal maldicion!!

SUICIDIO
DEL GENERAL TERAN.

AL SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA LACUNZA,

EN MUESTRA DE SINCERA
GRATITUD.

Y hoy ¿dónde el jefe está? dónde está el sabio,
El campeon denodado,
Que allá en nuestras fronteras colocado,
El solo al estranjero detenia,
Y un ejército entero nos valia? . . .

JOSE MARIA LACUNZA.

TRISTE como la pálida sonrisa
Que vaga de un cadáver en los labios,
Muere la luz en el opaco cielo
De confusos vapores anublado.
No es ya la noche; mas la tarde fria
Del moribundo sol sigue los pasos,
Y la naturaleza silenciosa
Parece hundida en fúnebre letargo.

Tras el velo de pálidas neblinas
Que confunde los límites del campo,
Solo se escucha murmurar el rio
Sus adormidas aguas arrastrando:
El agudo silbido de la brisa
Cuando conmueve con su soplo helado
Las ramas del espino macilento
Y vuelve á reposar en el espacio:
O el graznido del ave solitaria
Que confunde la niebla con el lago!
¿Qué se hicieron del rústico paisaje
La variedad y delicioso encanto?
¿Adónde huyó la llama de la vida,
Dónde el matiz de los floridos prados?
Cubierto está como una jóven bella
Bajo los blancos pliegues del sudario. . . .
Todo inspira mortal melancolía,
Todo induce al espíritu turbado
A desprenderse de ilusiones bellas,
Grato perfume de floridos años,
Para lanzarse en tenebrosas dudas
Reviviendo funestos desengaños;
Y hastío destructor de la existencia
Viene á oprimir el corazon helado. . . .

En medio de ese vasto cementerio,
Con doliente ademan y lento paso,
Como una sombra entre las otras sombras
Se ve vagar un jóven solitario,
Cuya pálida frente enamorada
Acarició la gloria con sus rayos,
Fijos los ojos en el mustio cielo,

Y en el noble semblante revelando
Una alma ardiente ya sin esperanza,
Un corazon sensible desgarrado!
¿Por qué, (pensaba con dolor profundo)
Por qué las flores y gloriosos lauros
Que en santa lucha conquistó mi espada,
Al coronar mi frente se secaron?
¿Por qué las realidades mas hermosas
Se vuelven humo despreciable y vano;
Y si gozar de una ilusion ansío
Solo mezquinas realidades hallo? . . .
¿Cual implacable genio me condena
A inquirir con empeño temerario
La misteriosa esencia de las cosas
Hallando en todas triste desencanto?
La gloria, los honores, la riqueza,
La ciencia y el amor tuve en mis brazos,
Y despues de placeres fugitivos
Nada en el alma triste me han dejado,
Sino la horrible duda y el vacio
Y sed ardiente que á saciar no alcanzo! . . .
¿Adónde es ido el venturoso tiempo
Que de jóven beldad enamorado,
Preso en lazos de flores, reclinaba
La candorosa sien en su regazo,
Mientras las horas rápidas volaban
Exentas de dolores y cuidados?
Ay! por mi mal el corazon marchito
Para la dicha se tornó de mármol;
Y la ciencia funesta de la vida,
Filtrando al corazon veneno amargo,

Hizo que el alma indiferente viera
De la pasion el mentiroso halago
Apagarse en el hielo de la ausencia,
Morir en el hastío y el cansancio.

En aquel tiempo el alma enardecida
De patriótico amor al fuego santo,
El apacible hogar abandonaba
Palpitando mi pecho de entusiasmo,
Si sonaba el clarin, nuncio de guerra;
Y animoso lanzándome en el campo,
Enseñé con mi ejemplo á los valientes
A combatir al opresor tirano!

Mas de una vez sobre su tibia sangre
De mi corcel los cascos resbalaron:
Mas de una vez el castellano orgullo
Se humilló ante el esfuerzo mexicano,
Y ceñidas las frentes de laureles
Al dulce seno del amor tornamos! . . .

Y á qué la sangre derramada entonces?
¿A qué vida y honor sacrificando,
Ir á buscar desesperada muerte
En el acero de opresor estraño,
Si despues en el seno de la patria
Vimos alzarse despreciables bandos,
Y el lauro que arrancára nuestro brio
La frente coronó de los malvados?

¿A qué romper de Iberia las cadenas,
Si el alma envilecida del esclavo
Saca del polvo miserables dioses,
Y es tan fecunda en producir tiranos? . . .
Mi esperanza murió. . . . viles rencores,

Ambiciones, proyectos insensatos
Do quiera ví. . . . pasiones detestables,
Corazones heróicos mancillando:
La sencilla virtud menospreciada,
En su lugar los vicios adornados,
Por el furor sacrílego cubiertos
De horror y sangre los altares patrios. . . .

El campo donde el soplo de los libres
Hizo brotar guerreros esforzados,
En triste erial se convirtió cubierto
Con sangre generosa de mis bravos. . . .
Un amigo busqué, bajo mil formas
Me mostró el interés su rostro falso! . . .

Lejos huí de la mezquina corte,
Lejos huí de sus oscuros antros;
Y la paz del espíritu doliente
Pedí á las soledades de los campos.
¡Oh desiertos del Norte! parecidos
Al Eden primitivo, rebosando
De los hermosos dones que el Eterno
Vertió en mi patria con benigna mano. . . .

Allí los horizontes infinitos
Se muestran á los ojos admirados:
Allí regando los eternos bosques
Los rios caudalosos y los lagos:
Allí la voz de la naturaleza
Resuena como en medio del océano. . . .

¡Cuantas veces perdido en los senderos,
Por la planta del hombre no tocados,
Cuantas en la montaña inaccesible
Halló consuelo el corazon llagado!

Luego en la calma del hogar tranquilo,
Revolviendo los libros de los sabios,
Comprender intentaba los prodigios
Que admiraron mis ojos extasiados. . . .
Horas dulces, tranquilas, misteriosas,
Cuando del mundo entero abandonado,
Me inundaban delicias celestiales
De la creacion ante el sublime cuadro!
Fué tambien ilusion! . . . pronto cayeron
En insondable abismo desplomados
Mis pensamientos gratos, sucediendo
En el alma la duda y el cansancio. . . .
Plegó la fe sus alas. . . . apagóse
La llama de mi férvido entusiasmo.
Todo pasó: mentira los amores!
Mentira de la gloria los halagos!
Mentira las promesas de la ciencia. . . .
Mentira los oráculos del sabio! . . .
¡Ay de mí triste! cual doliente sombra
Sin esperanza sobre el mundo vago,
Y el yerto sol de la terrestre vida
Me parece que brilla sobre el caos.
¿Qué me queda que hacer? mi afan ardiente
Pueden los hombres comprender acaso?
¿Y puedo yo por tenebrosa senda
Seguir tranquilo sus torcidos pasos,
Ocultando el desprecio que me inspira
La mezquindad de sus proyectos vanos? . . .
Jamás! . . . huyamos del mortal hastío
Que me está lentamente devorando. . . .
Mas dónde? . . . el mal sobre la tierra dura,

Y todo lo que es grande y elevado
En breve instante se marchita y muere,
Dejando el corazon hecho pedazos. . . .
La muerte, sí, la muerte es mi esperanza,
Solo en su frio seno reclinado
Encontraré la paz, único voto
Que formar debe el corazon del sabio! . . .
. . . . . .

Anublóse su frente: una sonrisa
De sublime demencia por sus labios
Pasó fugaz, y su mirar ardiente
Interrogaba el horizonte vago,
Y allá entre el denso velo de la niebla
Creyó mirar la descarnada mano
De la muerte cavando su sepulcro,
Y amorosa llamándolo al descanso. . . .
Su razon se turbó. . . . pero latiendo
El corazon con golpe acelerado,
Alzaba, antes de helarse para siempre,
Una oracion al númen soberano,
Mientras tomando el invencible acero,
Tan funesto á traidores y tiranos,
La aguda punta se apoyó en el pecho,
Y cayó sobre el pomo desplomado,
Sublime en su dolor, dejando el mundo
Con la muerte del último romano! . . .

Así se apaga un corazon sensible
Lleno de sentimientos elevados,
Que los hombres destrozan friamente,
Sin maligna intencion y sin notarlo,

Siguiendo ciegos el brutal instinto,
A la necesidad encadenados.
Así ¡oh mi patria! una columna tuya
Se destruyó por misterioso arcano,
Por su propia grandeza derrumbada,
Por su propio valor hecha pedazos!
El insensible filo del acero
Término puso al existir del sabio,
Del mismo modo con que muere el crímen
En dia para México nefasto! . . .
. . . . . .
Apenas con la sangre del suicida
La tierra se manchó. . . . bajó al ocaso
El sol, se desplomaron las tinieblas;
Y la rápida lumbre del relámpago,
Sobre el cadáver que nadaba en sangre
Dejó caer su resplandor aciago,
Cual si un genio infernal en el vacio
Avivando sus ojos inflamados,
Del huracan meciéndose en las alas
Se gozase en la sangre y el estrago. . . .
Y un acento doliente y lastimero
De la América triste, amargo llanto
De la patria infeliz desesperada,
Oyó al morir el héroe mexicano!

OCAMPO.

¿Y no es mejor con gloriosa herida
Pasado el corazon yacer sin vida
Sobre el sangriento suelo,
Que arrastrarse cual míseros reptiles
Ante las plantas de tiranos viles
Y respirar bajo del mismo cielo?

¿Y no es la tumba bienhechor abrigo
Al que mira indignado de un amigo
El cadáver delante,
Y en llanto estéril de dolor deshecho
Siente despedazársele en el pecho
El corazon de angustia palpitante?

Ah! sí! mil veces tu sangrienta tumba!
Eterna maldicion al que sucumba
Al infamante yugo!
Bajar al centro de la tumba helada
Víctima sin piedad sacrificada,
Antes que respirar con tu verdugo!